
DEFENSA
DEL CRISTIANISMO.

DISCURSO DE INTRODUCCION.

—●—

Al fijar mi vista en este auditorio tan diferente del que por lo general se ve en nuestros templos, no puede ménos, señores, de ocurrírseme la idea de que entre mis jóvenes oyentes habrá sin duda algunos que, obcecados por un filosofismo engañoso, tenga solo ideas vagas ó falsas acerca de la religion, y otros que tal vez solo vean preocupaciones vulgares en las verdades mas importantes y mas sagradas. ¡Cuánto han cambiado los tiempos y los hombres! ¡Cuán léjos estamos de los afectos de nuestros mayores y de su piadosa docilidad! En otro tiempo el frances lleno de honor, de fe, y cristiano fiel, tenia la noble franqueza de confesar sus faltas; y aun cuando tuviese la debilidad de quebrantar los preceptos de su religion, nunca dejaba de

respetarla; si, lo que era demasiado comun, sus costumbres no eran tan puras como su fe; y si queria conciliar el cristianismo con los placeres, y la devocion con los deleites, jamas á lo ménos intentaba justificar sus desórdenes con la blasfemia; podia tener seducido su corazon, pero su entendimiento era dócil, y reverenciaba la religion tan sinceramente como amaba á su rey y á su patria. Entónces se podian corregir sus vicios por medio de su fe, oponer con fruto á la depravacion de sus costumbres la pureza de sus principios religiosos, y para volverle á su deber bastaba recordarle su creencia.

En nuestros dias el entendimiento está tan corrompido como el cerazon, los pensamientos se han desarreglado como las costumbres, y mas instruidos en lo malo, hemos aprendido á justificarlo; mas argumentadores, pero ménos juiciosos, seguimos deliberadamente las inclinaciones de la naturaleza corrompida, y miramos como cosas permitidas el olvido de la divinidad, la licencia en los discursos, y el desarreglo en las acciones. En la actualidad, ántes de combatir el vicio, nos vemos reducidos á la deplorable necesidad de probar que la virtud no es una quimera, y ántes de predicar la doctrina cristiana nos es preciso hacer su apologia

y defender la causa de la religion ante sus hijos, del mismo modo que lo hacian antiguamente los Orígenes y los Tertulianos delante de los judíos y de los paganos, sus enemigos. Si, en nuestros dias la religion ha sido combatida; ultrajada y hollada mas que nunca; las cosas santas han caido en el envilecimiento; la piedad de nuestros padres ha llegado á ser un objeto de mofa para su descendencia; la impiedad ha descendido hasta el pueblo, y ha inficionado las aldeas como las ciudades: aun aquellos que por su falta de instruccion deberian ser los mas dóciles, se manifiestan algunas veces los mas tenaces en su grosera rebelion contra el cielo; la ignorancia tiene entre ellos todo el orgullo de la ciencia; y el ministro del Evangelio tiene el dolor de encontrar, aun entre el vulgo, almas no solamente extraviadas, sino tambien endurcidas contra la verdad.

Estas reflexiones tienen no sé qué de triste y capaz de desanimar á los oradores cristianos: ¿qué esperanza podemos en efecto tener de traer á las banderas de la fe á un pueblo de desertores, ni qué podrán nuestros esfuerzos contra el desenfreno de la impiedad? El mal, señores, es grande, muy grande sin duda. ¿Pero deberémos por eso creerle incurable? ¿Y acaso

la mano de Dios que ha libertado á la Francia del mas profundo de los abismos, no podrá completar su obra maravillosa?

Aquí, señores, entre vosotros mismos es donde principalmente debo yo concebir las mas dulces esperanzas. ¿Qué se presenta en efecto á mi vista en este recinto sino una juventud numerosa y brillante, que, arrancándose de la disipacion del siglo, se reúne á la voz de la religion en el lugar santo, y que dedicada un tiempo á los estudios profanos, se agolpa hoy al rededor de la cátedra del Evangelio para alimentar su entendimiento y su corazon con las verdades religiosas y morales? Espectáculo singular y al mismo tiempo consolador, que nos permite creer que la causa de la fe no se ha perdido del todo en nuestra patria; que su fuego sagrado no se ha extinguido, y puede aun volver á arder en ella con nueva actividad. Si, por lo general, la juventud es la época de las pasiones tempestuosas y de los mas tristes naufragios, es no ménos el tiempo de la franqueza y de los sentimientos generosos, y el periodo de la vida en que los corazones mucho mas sensibles á la verdad deben considerarse mas como desertores que como enemigos de la virtud. ¡Feliz yo si cumpliendo con mi ministerio pudiese

fomentar tan favorables disposiciones, atraer á la sana doctrina á una juventud extraviada por las pasiones y la mentira, salvar á unos de entre los escollos y la tempestad, é impedir á otros precipitarse en ellos.

Hoy, señores, no trataremos en particular ninguno de los asuntos que hacen la materia de nuestras instrucciones; creemos de nuestro deber dar á conocer en un discurso preliminar su motivo, su objeto y su forma.

En todos los siglos han aparecido espíritus impíos y renitentes, enemigos de la religion y de la autoridad; por todas partes, en todos tiempos y en todos lugares se encuentra el mismo orgullo; este gérmen de revolucion contra Dios y los hombres, que, á manera de levadura de corrupcion original, y por la influencia de causas particulares, fermenta en algunas épocas con mayor actividad, y causa mayores estragos. Yo no dejo de conocer que al fin del reinado de Luis el Grande habia mayor inclinacion que ántes á las novedades atrevidas y funestas, y que en cierto modo la fomentaba el estado mismo de la civilizacion. Generalizada en efecto la cultura del entendimiento, se multiplicaron aquellos imperfectos conocimientos que dan á conocer las dificultades, pero no los medios

de resolverlas; y exaltando así la vanidad de una nación naturalmente altiva, contribuyó á hacerla mas indócil. Los progresos de las ciencias, de las artes y de la industria imprimieron cierta molicie en los ánimos, y cierta sensualidad en los usos de la vida, que hicieron á los hombres mas indóciles al yugo de verdades saludables, y de este modo el epicurismo de las costumbres preparó el de las opiniones. Ya algunos escritores extranjeros ó nacionales habian empezado á lisonjear los corazones con el amor secreto de la independenciam; y así es que Fenelon nos dice en uno de sus discursos, que llegaba ya á sus oidos cierto ruido confuso de incredulidad; y Leibnitz, dotado de una prevision tan larga, estaba igualmente sobresaltado al notar que empezaba á esparcirse cierto espíritu funesto que, si no se contenia, produciria muchas catástrofes.

Es cierto no obstante que en esta época las malas doctrinas no formaban la opinion dominante de las clases superiores é ilustradas de la sociedad; es muy sabido que las ideas y sentimientos de una nación y de un siglo se encuentran en sus escritores contemporáneos; y por esto ha dicho un grande escritor de nuestros dias, que la literatura es la expresion de la so-

ciudad. Bajo el reinado pues de Luis XIV todos los sabios, todos los filósofos, los moralistas, los poetas, los oradores, y en fin los escritores ilustres profesaban en general á la religion el mas profundo respeto; sus obras apreciadas del público, alimentaban por todas partes y fortificaban el amor de lo honesto y de lo bello; y toda la Francia se encontraba sana y fuerte en sus principios y en su creencia: aun las mas sólidas producciones del entendimiento tenian cierto atractivo para el sexo mas frívolo, y nadie ignora con cuanta ansia iba á escuchar al grave Bourdaloue aquella muger inmortalizada por sus cartas. Si señores: cuando los que estan destinados á dirigir los entendimientos, y á dominar la opinion de un pueblo, son sinceramente religiosos, es imposible que este sea impío; entónces los manantiales públicos son puros, y las aguas que de ellos corren llevan á larga distancia la vida y la fecundidad.

Otro tiempo trajo otras costumbres. Luis XVI bajó al sepulcro, y parece que arrastró consigo el genio de su siglo; y la muerte prematura del duque de Borgoña produjo la Regencia. Tocamos, señores, la época del desprecio de todo decoro, del descaro en la irreligi-

gion y en el vicio, de la manifestacion atrevida de las mas perversas ideas, y de la mas notoria indiferencia hácia el culto, las instituciones y las leyes de la patria. Bajo el gobierno de un príncipe que con sus principios y sus ejemplos demasiado conocidos acreditó la licencia mas desenfrenada, se desarrollaron por todas partes los gémenes perniciosos que encierra el cuerpo social, y hasta el talento destinado únicamente á dar armas á la verdad y encantos á la virtud, lisonjeo bajamente esta fatal disposicion de los entendimientos en lugar de combatirla, y se prostituyó indignamente al vicio y á la mentira. ¡Qué espectáculo tan doloroso presentan en esta ocasion los escritores que debieron egercer sobre su siglo el mayor ascendiente!

Montesquieu, en medio de los extravíos de una juventud inconsiderada, publicó cartas selladas, digámoslo así con un talento original, pero manchadas por todas partes con aquel desenfreno del talento que no conoce límites, que censura todo cuanto el sabio respeta; y entre las gracias de un lenguaje florido, vertió en el alma del lector el veneno de doctrinas temerarias y funestas.

Voltaire, dotado de un talento extraordinario, ridiculizó con el mayor exceso cuanto hay

de mas sagrado, sazonó la obscenidad con la blasfemia, y la blasfemia con la obscenidad, difrazó el cristianismo, sus libros santos y su historia con una malicia refinada, y propagó en la nacion entera aquel espíritu de escepticismo, de frivolidad y de sátira que nada cree y de todo se burla, que se entretiene con los vicios de los hombres como con sus extravagancias, que debilita el horror al crimen; y relajando los lazos de la sociedad, prepara alegremente la disolucion general de las costumbres y el desprecio de las leyes.

Presentóse Juan Santiago Rousseau, y por desgracia de sus contemporáneos fué uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Si por una parte defiende con calor algunas verdades de que se aprovecharon muy poco, divulgó por otra con profusion brillantes y seductoras mentiras: subyugó los entendimientos con la audacia de sus paradojas y con el fuego de su imaginacion, y el siglo que se llamó á sí mismo *siglo de las luces*, se prosternó delante del sofista extrángerero, que publicó con gravedad las mas bárbaras teorías acerca de las ciencias y de las letras, de la educacion y de la sociedad.

Me seria fácil nombrar aquí un sinnúmero de escritores de una clase inferior, que bajo las

banderas de sus gefes formaron una liga poderosa contra lo que llamaban *las preocupaciones*, es decir, contra la religion y la autoridad. Parece que creyeron de buena fe ser unos hombres grandes por habersé dado el nombre de filósofos; pero el tiempo, este enemigo mortal de cuanto es solo mediano, los ha puesto ya en su lugar.

No serémos tan injustos que desconozcamos el mérito literario que tienen los escritos de algunos de ellos; pero nadie ignora que el ingenio no es una cosa comun, y no serémos tan simples que nos enagenemos de admiracion por autores que han tenido mas ingenio que juicio, que han sido mas sofistas que filósofos, y mas declamadores que elocuentes.

De este modo se vió aparecer en el discurso del siglo XVIII una multitud de escritores ateos, materialistas, fatalistas, deistas, indiferentes y novadores que desnaturalizaron las ideas, así como el language, y dieron á los objetos de la veneracion pública denominaciones extrañas que les hicieron odiosos; de modo que la religion solo se llamó ya *fanatismo*, y la autoridad *tiranía*. Su pluma fecunda multiplicó las producciones en que la corrupcion del entendimiento compite con la del corazon, é innumera-

bles prensas las arrojaron por los diferentes países de la Europa. Desde esta época ya no estuvo la impiedad relegada en solo algunos libros científicos, conocidos de pocos lectores, sino que se presentó al contrario bajo mil formas, las mas atractivas y mas á propósito para andar en manos de todas las clases de la sociedad, y circuló su veneno por todas partes desde las ciudades hasta las cabañas mas desconocidas. Es verdad que en todos tiempos ha sido combatida la religion; pero en ninguno fueron los ataques tan repetidos ni tan pérfidos como en este siglo; no solamente se puso en práctica contra ella cuanto tiene de mas sutil el raciocinio, sino que cuanto tienen de encantador la elocuencia y la poesía; cuanto de interesante y raro la historia de los hombres y la de la naturaleza; de chistoso y amargo el epigrama y la sátira, y de ingenioso y halagüeño el cuento y la novela; todo, todo se empleó para atraer sobre ella y sus ministros el odio y el desprecio; y al considerar ese diluvio de producciones impías y licenciosas que han inundado la Francia en estos últimos tiempos, nos admiramos, no de que en el dia haya ménos fe que en el siglo de Luis XIV, sino de que, despues de tantos esfuerzos para apagarla, aun haya quedado alguna chispa de su fuego.

El desarreglo de los entendimientos llegó á tal grado, que nada hubo ya para ellos verdadero, útil ni necesario en la religion, y nada fundamental ni venerable en las instituciones, las leyes y los usos: ya no se trató de reformar, sino de destruir; no de limpiar el árbol, sino de arrancarle: todo se conmovió hasta en los cimientos, y una monarquía de catorce siglos se desplomó con un estruendo, que despues de treinta años aun retumba en todo el universo. En medio, Señores, de nuestras conmociones religiosas y políticas se halló colocada, en cierto modo, la cuna de muchos de vosotros; y generaciones enteras criadas y educadas en el seno de la confusion y del desórden, y trasladadas despues en la edad de las pasiones al centro de la corrupcion de nuestras ciudades y del desenfreno de los campos, solo han podido recibir una educacion imperfecta. Para ellas la religion de sus abuelos es casi una ciencia desconocida: ¡y cuántos vivirán casi sin religion y sin Dios, que no siendo impíos por sistema, solo esperan acaso la antorcha de la verdad para seguir fielmente su luz! Otros habrá mas felices sin duda en su primera educacion, pero que han perdido en esta capital los sentimientos que les habian inspirado en sus familias, y que viniendo á beber la ciencia en su origen, han tragado en

ella el veneno de una espantosa incredulidad. Las malas doctrinas se encuentran mezcladas con tantas producciones literarias y sabias, y cuentan tantos partidarios, que la fe de la juventud corre el mayor riesgo si no se la ilustra y se la fortalece con instrucciones mas sólidas y mas claras que antiguamente. En el dia no es ya suficiente lo que bastaba hace cien años, y el que se lanza en los peligros de un mundo impío y pervertido sin conocer ni la religion ni los fundamentos indestructibles sobre que descansa, es parecido á un soldado que se arrojaba sin armas y con una loca temeridad en medio de los batallones enemigos.

En fuerza de estas consideraciones hemos formado el proyecto de facilitar á la juventud el conocimiento de los verdaderos fundamentos de la religion y de la moral, y con este fin darle una serie de instrucciones en que las materias sean suficientemente discutidas para ilustrar los entendimientos dóciles, defenderlos y libertarlos de las asechanzas del error. ¿Por qué, pues, no podriamos formar aquí una especie de academia cristiana, á la que la juventud francesa viniese á ilustrarse con nosotros sobre las augustas verdades que hacen al hombre virtuoso, objeto de mayor excelencia aun que cuanto le constituye hábil? Hubo en la antigüedad una

ciudad famosa, tanto por el nombre de su fundador y sus riquezas, como por su comercio y poblacion: célebre aun en las primeras edades del cristianismo, veia florecer en su seno las letras y las ciencias, y los cristianos vivian mezclados en ella con los judíos y paganos, enemigos tan peligrosos y encarnizados de la religion: hablo, Señores, de Alejandría. En ella se formó una escuela de filosofía cristiana, en donde brillaron tantos doctos personajes, y en donde despues de haber sido discípulos, llegaron por su turno á ser maestros los Clementes de Alejandría, y los Orígenes, aquel Orígenes que por la inocencia de sus costumbres, la inmensa variedad de sus conocimientos y las gracias de su talento, atraia y ganaba á los paganos y á los mismos filósofos. ¿No tiene pues la religion en nuestros dias enemigos tan sutiles y tan peligrosos como los sofistas de la gentilidad? ¿Qué digo, Señores? los antiguos apologistas mas felices que nosotros, casi solo tenian que rebatir una grosera idolatría; pero nosotros tenemos que luchar con hombres que introduciendo la corrupcion hasta en la ciencia misma, han venido á parar en un refinamiento de pensamientos, mas funesto aun y mas incurable que la mas bárbara ignorancia.

Estúdiense enhorabuena las ciencias profanas,

y cultívense las artes procurando penétrar los secretos de las ciencias mas elevadas; todo esto es laudable sin duda, y la religion, léjos de condenarlo, consagra y santifica todo aquello que perfecciona ó hermosea la sociedad sin romperla, y cuanto contribuye á la pública prosperidad: solo teme la ignorancia y la preocupacion; y al mismo tiempo que exige de sus discípulos la docilidad de entendimiento y la pureza de corazon, abre ante ellos todos los tesoros de los conocimientos humanos. La historia misma atestigua que se debe principalmente á los primeros pontífices de la iglesia cristiana la gloria de haber luchado con la barbarie, de haber reanimado el gusto de las letras y las artes, alentado los ingenios, y hecho nacer los mas hermosos siglos de la Europa moderna; pero todo tiene sus justos límites; y si puede haber un celo legítimo en favor de las ciencias, pueden ser tambien objeto de una especie de fanatismo. Sepamos libertarnos de todo exceso, y no presumamos que nada queda que saber al hombre porque conozca la historia de las plantas y de los animales, ó las reglas del buen gusto. El conocimiento de las maravillas de la naturaleza, y de las reglas de hablar bien, no es de absoluta necesidad, pues que la mayor parte del género humano carece de él; y los errores en que

han caído y en que caen aun en el día muchos sabios sobre el verdadero sistema del mundo físico y las causas de los fenómenos que presenta, no comprometen los destinos del género humano, ni impiden que el mundo político y moral siga el curso de las leyes ordinarias; pero nadie puede eximirse de ser hombre de bien, de conocer sus deberes y cumplirlos; y sin incurrir en la nota de preocupados, nos es lícito pensar que el estudio mas digno del hombre es el hombre mismo. ¿Qué uso mas noble podemos hacer de nuestra razón, de que tanto nos envanecemos, y de esta inteligencia que es el dote y el mas hermoso privilegio de nuestra naturaleza, que emplearla en conocer y sentir profundamente las grandes verdades morales y religiosas que sujetan poderosamente el vicio, llenan el alma de los sentimientos mas generosos, y ofreciendo á la desgracia sólidos consuelos, no tienen mas objeto que hacernos mejores para que seamos mas felices? ¿Cómo dejarémos de llorar el extravío del hombre que de todo se ocupa con un ardor infatigable, ménos de lo que mas debe interesarle? Es indudable, decia en otro tiempo con este motivo un doctor de la iglesia cristiana, (1) cuyo language vamos á to-

(1) S. Gregorio de Nisa.

mar, que la razón que nos ilumina es una emanación de la luz eterna. Por ella el hombre está como marcado con un sello divino; por ella se eleva sobre cuanto respira, y es verdaderamente el rey de la naturaleza; por ella, a pesar de la debilidad de su cuerpo, se burla de la fuerza de los animales mas vigorosos, haciendo encorvar al toro debajo del yugo, y obedecer al freno al caballo mas fogoso; por ella osa arrojar en un frágil esquife al vasto océano, mide la altura de los cielos y calcula el curso de los astros. ¿Y en qué consiste que este ser tan docto y tan inteligente no se dedique á conocer su verdadero bien ni examine las reglas de la verdadera sabiduría? Y vosotros, prosigue el santo doctor, ¡vosotros dotados de inteligencia y de razón no investigais lo que conviene á nuestra naturaleza y puede conducirla á su verdadero fin! ¡Despreciais así vuestros futuros destinos, y ni una sola vez entráis dentro de vosotros mismos para preguntaros en el silencio de las pasiones: ¿quién soy yo, y qué será de mí? ¡En qué desprecio, Señores, en qué olvido, y en qué ignorancia de cuanto concierne á la religión de nuestros padres se vive en nuestros días! Si recordamos cuanto sus misterios tienen de mas augusto, de mas tierno y digno de la bondad de Dios, y de mas glorioso para el hombre, es como

si solo tratásemos de una especie de mitología, semejante á la de los griegos ó de los indios; y si traemos á la memoria la severidad de sus máximas, los deberes que impone y los sacrificios que exige, parece que solo se consideran como mandamientos arbitrarios, y mas bien como consejos que como preceptos; y al aclarar la grandeza de sus promesas y el terror de sus amenazas, se conceptuan como quimeras ó invenciones tan fabulosas como las del Eliseo y del Ténaro. Si Señores, la religion se mira como una cosa anticuada, y aun causa admiracion que intentemos defenderla con seriedad.

Contra una preocupacion tan funesta como impía os dirigimos nuestras reclamaciones, y apelamos de los extravíos de una juventud deslumbrada por una filosofía engañosa, á otra juventud mas ilustrada, excitándola á fijar su atencion en una causa que, segura del triunfo ante el tribunal de una razon imparcial, provoca su exámen en lugar de temerle.

Nuestro único temor seria comprometerla por la debilidad de sus defensores: dignos de lástima seriamos á la verdad si desconociésemos nuestra insuficiencia para defender una causa tan hermosa de un modo digno de ella; y al traer á la memoria los grandes hombres que han escrito en favor de la religion tan doc-

ta, tan elocuente y aun tan sublimemente, no podemos ménos de confundirnos al conocer nuestra debilidad, sin que esta ingénua confesion sea ni aun una simple ostentacion de modestia. Solo una consideracion puede infundirnos seguridad, y es que fortalecidos en esta ocasion con la fuerza misma de la verdad y con el sentimiento de una conviccion profunda, que jamas tendrá el inerédulo, podemos todavia servirnos de los ricos despojos de tantos bellos ingenios que han profesado y defendido el cristianismo con tanta gloria como fruto. Ademas, ¿qué ministro del Evangelio se olvidará del auxilio que para ilustrar los entendimientos y mover los corazones debe esperar de aquel *cuya voz conmueve el desierto y troncha los cedros*, segun el language de la Escritura, y que no en vano se llama *el Padre de las luces y el Dios de las virtudes*?

Provistos de todas estas armas, y con la esperanza de todos estos auxilios, podemos entrar con ménos desconfianza en la carrera. Muy importante sin duda seria el triunfo de la verdad que fuese anunciada con todo el brillo y la fuerza que le corresponden; pero aunque no lo sea mas que de un modo puramente razonable, siempre se sentirá su imperio, y la luz con que brilla llegará mas ó ménos aun á aquellos que

quisieran ocultarse á su rayos. Podrán sublevarse contra ella las pasiones; pero su mismo sobresalto será un homenaje rendido á su presencia; y si con una nube de sutilezas y sofismas podemos alguna vez obscurecer su luz, jamas podremos apagarla ni impedir que se nos muestre por intervalos, así como el sol penetrando por los densos vapores de la tierra, descubre á la vista deslumbrada su disco resplandeciente.

Os he manifestado, señores, los motivos y el objeto de nuestras Conferencias: nos resta solo daros á conocer su forma y carácter particular.

La exposicion de los misterios de la fe, de los preceptos del Evangelio, y de los deberes y prácticas de la piedad, han sido las materias mas conyertidas en la cátedra cristiana, y nuestros primeros oradores las han tratado con tal elevacion de pensamiento, tal fuerza en sus racionios, y tan hermosa locucion, que sus discursos son tenidos por las obras maestras de la elocuencia humana. Nosotros, señores, seguiremos un camino diferente; nos limitaremos á considerar la religion solamente en sus principios fundamentales, en las pruebas que fijan su verdad, y en las acriminaciones generales que le hacen sus enemigos; procurando, bajo de todos estos aspectos, vengarla de los ataques de

la incredulidad. Mas de una vez tendréis ocasion de notar que nuestros discursos son puramente filosóficos, y tales que pudieran pronunciarse en una academia lo mismo que en esta cátedra. Yo confieso que al considerar la santidad del lugar en que estamos reunidos, nuestro carácter de ministro de la religion, y hasta el trage que nos cubre, deberíamos en algun modo avergonzarnos de usar en la cátedra del Evangelio un lenguaje profano que en general debería serle extraño; pero podrá en todo caso justificarnos la necesidad del nuevo género de instruccion que parece exigen los tiempos en que nos hallamos, y la precision de apropiar, cual hábil médico, los remedios á las necesidades y al temperamento del enfermo: tal es en efecto la enfermedad actual de los entendimientos, que es imposible conseguir su curacion sin adoptar un método nuevo. Si nuestras Conferencias no fuesen infructuosas, se nos perdonará fácilmente cuanto en ellas pueda haber de singular y ageno del tono ordinario de la cátedra cristiana; y si producen alguna utilidad, quedaremos disculpados ante Dios y los hombres.

No penseis, señores, que para defender la religion nos entreguemos á vanas y pomposas declamaciones contra la llamada filosofía del si-